

Laura Gallego

Alas negras



minotauro

Laura Gallego

Alas negras

minotauro

Primera edición: enero de 2016

© Laura Gallego García, 2009

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 7.^a planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0289-6

Depósito legal: B. 28.382-2015

Fotocomposición: gama, sl

Impresión: Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Consejo

Ahriel no recordaba cuánto tiempo había pasado desde la última vez que sus ojos habían contemplado las blancas torres de Aleian, la Ciudad de las Nubes.

El hogar de los ángeles.

Aleian era pura, inmaculada y liviana como las alas de sus habitantes. Sus edificios, altos y esbeltos, parecían desafiar las leyes de la gravedad. Sus amplias calles, pavimentadas con bloques de mármol de la más perfecta blancura, desembocaban en anchas escalinatas, en plazas presididas por fuentes de aguas tintineantes, en pórticos sostenidos por elegantes columnas. Todo en Aleian invitaba a la calma y al sosiego, pues la Ciudad de las Nubes era para los ángeles mucho más que una urbe. Era el refugio con el que todos soñaban cuando se hallaban lejos, el lugar de reposo tras un largo vuelo, el santuario inviolable que los humanos jamás lograrían corromper.

Porque Aleian era un sueño inalcanzable para todos aquellos incapaces de desplegar las alas y volar hasta él.

Pese a llamarse «la Ciudad de las Nubes», Aleian no era en realidad tan ligera ni se había levantado sobre una pradera de cúmulos. Los ángeles la habían erigido en tiempos remotos en la más alta cima de la cordillera más inaccesible del mundo conocido. De hecho, Aleian se hallaba a tanta altura que el manto de nubes se extendía muy por debajo de ella. Por esta razón, todo cuanto podía contemplarse desde sus balcones y azoteas era un

mar de niebla hasta donde alcanzaba la vista. Y la mirada de los ángeles llegaba muy, muy lejos.

«Pero no ven el mundo en realidad —pensó Ahriel, mientras recorría la concurrida avenida principal, la que llevaba a la sede del Consejo Angélico—. Seguros en lo alto de su montaña, los ángeles se creen los reyes del mundo; piensan que lo dominan todo y que nada puede escapar a su aguda mirada. Pero las nubes les impiden contemplar lo que sucede a ras de suelo. Estamos demasiado lejos como para verlo.»

Probablemente, era el primer ángel que pensaba así en muchas generaciones; pero, si era consciente de ello, no le concedía importancia.

Llegó por fin a su destino, un enorme edificio sostenido por blancas columnas. Bajo el arco de entrada, dos imponentes ángeles armados con lanzas custodiaban la puerta.

No había nada que temer en realidad. En muchos siglos, nadie había tratado de atentar contra la sede del Consejo Angélico ni contra ninguno de sus miembros. Los únicos que podían alcanzar Aleian eran los propios ángeles, y el Consejo no tenía nada que temer de los suyos. Pero los ángeles guardianes seguían allí, quizá para subrayar la importancia del lugar, o tal vez como reliquia de un tiempo pasado en el que otras criaturas habían amenazado la paz de la ciudad. Ahriel no lo sabía, pero tampoco la preocupaba. Se detuvo al pie de la escalinata y los contempló, dubitativa.

Ellos la miraron con desconfianza. Probablemente, jamás habían recibido así a ningún ángel, pero Ahriel era diferente. Incluso aunque la historia de su fracaso en la educación de su protegida no hubiese llegado a los oídos de los guardias, era evidente que la recién llegada había pasado por algún tipo de experiencia difícil de imaginar bajo la clara luz de Aleian. Sus alas no presentaban la albura nívea que caracterizaba a las de los demás ángeles, sino que eran de un blanco sucio, desvaído; y, en lugar de alzarse con gracia y orgullo, parecían caídas, dañadas, tal vez, con una herida que jamás sanaría. Sus movimientos, pese a que aún no habían perdido la elegancia angélica, eran mucho más bruscos y

enérgicos de lo que sería deseable; casi, casi, más propios de una humana habituada a caminar que de una criatura alada que podía elevarse por encima de las nubes. Su gesto, duro, incluso hosco, contrastaba con los semblantes serenos, casi marmóreos, de los guardias.

Y sus ojos...

...Sus ojos, desde luego, sugerían cualquier cosa en lugar de la paz espiritual que debería haberse adivinado en ellos.

Por primera vez en su largo servicio como guardianes del Consejo, los ángeles cruzaron sus lanzas, los dos a una, cerrando el paso a un visitante.

—¿Quién eres? —demandó uno de ellos.

Ahriel subió un escalón, pero se detuvo allí. Alzó la cabeza con orgullo y respondió:

—Me llamo Ahriel. Se me ha concedido una audiencia ante el Consejo Angélico.

Los ángeles cruzaron una mirada. Debían de saber que ella tenía permiso para entrar, que la estaban aguardando. Quizá no habían oído los rumores sobre Ahriel y su extraña historia. Quizá, simplemente, era su aspecto, o su mirada, lo que les hacía desconfiar.

Fuera como fuese, aún tardaron un par de segundos en retirar las lanzas e invitarla a entrar.

—Puedes pasar —declaró el segundo ángel.

—Gracias —respondió ella con sencillez.

Se recogió el borde de la túnica con la punta de los dedos y subió el tramo de escalinata que le quedaba. Los ángeles no la miraron, ni siquiera de reojo, cuando pasó entre ellos; pero ella pudo percibir su recelo y su inquietud.

Entró en el recibidor; allí no la esperaba nadie, por lo que avanzó por el largo corredor abovedado que conducía a la Sala del Consejo. Lo recorrió con aparente calma, pero su corazón latía con tanta fuerza que estaba segura de que allá fuera, en la entrada, los ángeles guardianes serían capaces de escucharlo. No la preocupó.

No le importaba que su corazón se acelerara. La primera vez que eso había sucedido, un joven de sonrisa pícara había sido el culpable; y, aunque entonces ella ya era adulta, había sentido que volvía a nacer, o quizá, que en aquel instante comenzaba a vivir de verdad.

Pero aquello había ocurrido mucho tiempo atrás. ¿Cuánto, en realidad? Para ella, encerrada en la mágica prisión de Gorlian, habían sido años, tal vez décadas. Para el resto del mundo, apenas habían transcurrido varios meses desde aquel fatídico día en que la reina Marla la había traicionado.

Ahora, Marla estaba peor que muerta, y Gorlian había desaparecido con ella. Y, sin embargo, el corazón de Ahriel no había perdido la capacidad de palpitar con fuerza, en respuesta a sus emociones más intensas.

No se avergonzaba de ello. Ya no.

Por fin, sus pasos la condujeron hasta la Gran Sala del Consejo. Alzó la cabeza involuntariamente para contemplar la inmensa cúpula que la cubría, en la que se abría un tragaluz que arrojaba un haz de claridad sobre las blancas baldosas de mármol.

Pero se obligó a sí misma a mirar al frente, porque ellos la estaban observando.

Eran ocho.

Habían sido elegidos directamente por sus predecesores mucho tiempo atrás, en función de su sabiduría y su experiencia. Llevaban muchos siglos dirigiendo los destinos de Aleian y de toda la raza angélica. Su miembro más joven ocupaba aquel asiento desde hacía no menos de ciento cincuenta años. Lo cual, en realidad, no era mucho para un ángel.

Vestían túnicas blancas, como la mayor parte de los habitantes de Aleian, pero lo que los diferenciaba de los demás era el cinto dorado que solo los Consejeros portaban; en él se podía leer un símbolo que todos los ángeles reconocían, y que hacía referencia a su rango.

Los ocho estudiaron a Ahriel con atención, evaluándola. Ella alzó la cabeza, irguió las alas y dijo solamente:

—Saludos.

La presidenta del Consejo, un ángel llamado Lekaiel, clavó sus ojos violáceos en ella.

—Saludos, Ahriel —respondió.

Su voz era vibrante y profunda, como el tañido de una campana. Ahriel se descubrió a sí misma admirando la delicada elegancia de su cuello de cisne, su aristocrático porte, sus blancos cabellos, recogidos en una trenza enrollada en torno a su cabeza. Todo en ella transmitía serenidad y sabiduría. Y la recién llegada añoró los tiempos en que, si bien no habría podido tampoco compararse con Lekaiel, sí irradiaba una cierta aura de dignidad que el fango de Gorlian se había tragado, quizá para siempre.

—Solicitaste audiencia ante el Consejo Angélico —prosiguió Lekaiel—, y se te ha concedido. ¿Qué deseas? ¿Tal vez has regresado a Aleian para exponer ante nosotros tu versión acerca de lo que sucedió en Karish?

No era una historia que Ahriel tuviese ganas de rememorar, por lo que se encogió de hombros —un gesto que algunos de los presentes contemplaron con reprobación— y respondió:

—No hay mucho que contar. La reina Marla me mintió, me engañó y me traicionó. Con la ayuda de una secta iniciada en la magia negra creó una prisión de pesadilla en la que no solamente encerraba a los criminales, sino también a todo el que la estorbaba en sus planes de expansión imperialista. Descubrí su juego y me condenó a una vida penosa en Gorlian, pero logré escapar y acabé con ella. Y eso es todo.

—Pero ¡era tu protegida! —le reprochó otro de los miembros del Consejo, un ángel severo y circunspecto llamado Radiel.

—Lo sé —se limitó a contestar Ahriel, y dejó que los ángeles sacasen sus propias conclusiones al respecto.

—¿No tienes nada más que añadir acerca de Marla? —preguntó la presidenta.

—No, Lekaiel.

—Entonces, ¿no has venido a pedir perdón al Consejo por haber fallado?

—Lo hice lo mejor que supe —replicó Ahriel—. Seguí el código en todo momento, y actué de buena fe. Si todo lo que sucedió fue culpa mía, y no de Marla, entonces ya he pagado por mi error entre los muros de Gorlian.

Hubo un murmullo que Lekaiel acalló con una sola mirada.

—Karish ya está en paz —prosiguió Ahriel—. Los karishanos han elegido rey al duque Bargod, hermano del difunto rey Briand, el padre de Marla. Es un hombre justo; vivía retirado en su castillo de las montañas, pero ha regresado para reorganizar el reino tras la desaparición de su sobrina. Puede que no viva mucho tiempo, pues su salud es delicada, pero se encargará de nombrar un sucesor adecuado. Confío plenamente en su criterio.

—¿Igual que confiabas en el criterio de Marla? —inquirió Radiel, mordaz; pero Ahriel se limitó a devolverle una mirada penetrante y se dirigió de nuevo a Lekaiel:

—A pesar de lo sucedido estos últimos meses, en la actualidad el reino cuya custodia se me encomendó ya está pacificado. Me encargué de ello personalmente antes de acudir a presentarme ante el Consejo. Porque no he venido a hablar del pasado ni a rendir cuentas de lo que ocurrió. Ya no se puede volver atrás ni cambiar lo sucedido. No; si he solicitado audiencia al Consejo se debe a otro motivo.

—¡Qué arrogante! —murmuró otro ángel, alto y de rizado cabello castaño, de quien Ahriel sabía poco más que su nombre: Adenael.

Lekaiel cerró un instante los ojos y volvió a abrirlos casi enseguida. Esa fue su única reacción.

—¿Cuál es la razón, pues, por la que has solicitado audiencia? —quiso saber.

Ahriel irguió un poco más las alas y paseó su mirada por todos los miembros del Consejo. Sus rostros permanecían serenos, pero sus ojos denotaban cierta indignación.

Tan solo uno de los ángeles se mostraba casi ausente, como si aquello no le interesara lo más mínimo. Se había recostado contra el respaldo de su asiento, de modo que su rostro permanecía

en sombras. Todos los ángeles conocían la identidad de todos los Consejeros y, aunque Ahriel no pudiera verle la cara en aquellos momentos, por eliminación sabía que se trataba de Ubanaziel.

Y Ubanaziel tenía una reputación bastante interesante. Ahriel sonrió para sus adentros. Había supuesto que al miembro más peculiar del Consejo no le interesarían los problemas políticos de un reino humano, aun cuando su soberana hubiese amenazado con resucitar la magia negra en el mundo. Sin embargo, lo que estaba a punto de revelar era una historia muy distinta.

Tomó aliento y formuló su petición al Consejo Angélico, con calma, con seguridad y sin aspavientos:

—Solicito permiso para abrir la puerta del infierno.

Sobrevino un incrédulo silencio. Los miembros del Consejo permanecieron inmóviles como estatuas, como si la insólita demanda de Ahriel hubiese detenido el tiempo. Pero uno de ellos se inclinó hacia delante para observarla con atención.

Tal y como había previsto Ahriel, se trataba de Ubanaziel.

Ambos se midieron con la mirada. Ubanaziel era viejo, mucho más viejo de lo que sugería su aspecto. Tenía la piel del color del ébano y una larga melena negra que llevaba recogida en multitud de pequeñas trenzas. Ahriel recordó los tiempos en que ella, como muchos otros jóvenes ángeles, había admirado a Ubanaziel hasta el punto de imitar su estilo y su curioso peinado. Pero lo que confería al Consejero aquel aura tan especial iba más allá de su aspecto. Tampoco tenía que ver con la larga cicatriz que surcaba uno de sus musculosos brazos, que llevaba siempre al aire, y cuya piel morena resaltaba poderosamente junto al blanco de su túnica. Era inevitable que aquella cicatriz llamase la atención, porque ni las heridas más profundas eran capaces de dejar marcas tan duraderas en la perfecta piel de los ángeles, maestros en el arte de la sanación. Pero la que desfiguraba el brazo de Ubanaziel no había desaparecido, y corría el rumor de que el resto de su cuerpo también estaba marcado de forma similar. Entre los ángeles había muchos que podían enorgullecerse de ser fieros luchadores, pero ninguno de ellos exhibía cicatrices de guerra. Se

decía que las marcas de Ubanaziel eran indelebles porque habían sido infligidas por la espada de un demonio.

Esa era la leyenda de Ubanaziel, el Guerrero de Ébano, que ocupaba un asiento en el Consejo Angélico —aunque él jamás buscó ese honor, ni parecía especialmente contento con él— porque era el único ángel que había visitado el infierno y había vuelto para contarlo.

Y no eran las cicatrices, comprendió de pronto Ahriel, ni su gesto severo, ni las historias que se contaban sobre él, ni su peculiar personalidad, tan diferente de la de los demás Consejeros; ni mucho menos, su peinado.

Eran sus ojos. En la mirada de Ubanaziel, Ahriel detectó algo dolorosamente familiar: la huella que había dejado en su alma un pasado lleno de sufrimiento. Ella sabía de qué se trataba, pues había visto algo similar en los ojos de los prisioneros de Gorlian, y tenía la sospecha de que ese dolor se veía reflejado también en su propia mirada. Nunca la había preocupado, ya que hacía ya tiempo que sabía que ella no era un ángel como los demás, que su paso por Gorlian la había cambiado para siempre. Porque los ángeles no entendían de dolor, no conocían el verdadero significado de la angustia y el sufrimiento, y, hasta ese momento, Ahriel se había creído única y especial por haberlo experimentado.

Pero los ojos de Ubanaziel también hablaban de ese conocimiento.

Se preguntó qué habría visto en el infierno, y si las cicatrices de su cuerpo eran reflejo de las que laceraban su alma.

Si no eran tan diferentes... si Ubanaziel era el único, entre todos los Consejeros, y, probablemente, entre todos los ángeles, capaz de comprender lo que Ahriel había sufrido en Gorlian... tal vez apoyaría su petición ante el Consejo.

—¿Cómo has dicho? —preguntó entonces Lekaiel, repuesta ya de la sorpresa—. Me temo que no te he oído bien.

—La has oído perfectamente —gruñó Ubanaziel, despegando los labios por primera vez—. Esta loca pretende abrir la puerta del infierno.

Su voz era seca, dura, y desprovista del armonioso timbre an-gélico. Ubanaziel tampoco había sido nunca muy diplomático; decía las cosas tal cual las pensaba, y ello había ocasionado problemas al Consejo en más de una ocasión. Por fortuna para Lekaiel y los demás, había pocos asuntos que mereciesen el interés del Guerrero de Ébano. Sin embargo, estaba claro que sí tenía mucho que decir acerca de aquella petición.

—Tenía la esperanza de que Ahriel no hubiese pensado bien antes de hablar —replicó Lekaiel, con voz gélida—. Porque, aunque yo no lo habría expresado en esos términos, está claro que abrir la... puerta del infierno... es...

—Un desatino —cortó Ubanaziel—. La respuesta del Consejo es no, y no hay más que hablar.

Probablemente los otros ángeles estaban de acuerdo con él en cuanto al fondo, pero Ahriel detectó que no les gustaba que Ubanaziel hablara por todos ellos, y menos de forma tan rotunda. Hubo murmullos, que Lekaiel acalló con un solo gesto.

—Dado que todos tenemos claro que resulta una medida tan... excesiva... —matizó, todavía con frialdad—, imagino que también Ahriel será consciente de lo inusual de su petición... y tendrá algún motivo para plantearla.

—Que está loca, por supuesto —dijo Ubanaziel, irguiendo las alas y cruzando sus poderosos brazos ante el pecho—. Ha vivido una experiencia que, es evidente, ha cambiado su forma de ver el mundo, y ahora se cree con derecho a decidir lo que se puede o no se puede hacer; piensa que, por el simple hecho de haber sobrevivido a ese lugar, está preparada para enfrentarse a todo lo que habita en el infierno. Está loca, sí —añadió, frunciendo el ceño—. Pero, además, es una loca arrogante.

Ahriel luchó por contener la ira que aquellas palabras provocaron en su corazón. Estaba desencantada, ciertamente, porque no era aquella la respuesta que había esperado. Pero, aunque sabía que seguía bien cuerda, no tenía más remedio que reconocer que Ubanaziel la había calado en todo lo demás. Y de qué manera.

—Aun así, debemos dejar que exponga sus razones —replicó

Lekaiel, recuperando el mando de la situación—. Ahriel, ¿por qué quieres abrir la puerta del infierno?

Ubanaziel sacudió la cabeza, en señal de desaprobación, y las cuentas que adornaban sus trenzas tintinearón un breve instante. Sin embargo, no volvió a interrumpir.

Ahriel inspiró hondo, replegó un poco las alas y respondió:

—Hace unos meses, detuve a la reina Marla cuando acababa de invocar a un poderoso demonio al que llaman «el Devastador». Logramos volver a cerrar la puerta al infierno que ella había abierto. Yarael, el ángel guardián de la princesa Kiara, hoy reina de Saria, murió en aquella batalla.

—Estábamos al tanto —asintió Lekaiel.

—Marla fue arrastrada al infierno, junto con el Devastador, cuando la puerta se cerró de nuevo —prosiguió Ahriel—. Me propongo cruzar la puerta para encontrarla.

Nuevo silencio. En esta ocasión, sin embargo, fue Radiel quien lo rompió:

—Resulta conmovedor tu apego hacia tu protegida. Sin embargo...

—No me habéis entendido —cortó Ahriel, sacudiendo su melena negra con energía—. No tengo la menor intención de rescatarla. Si el infierno es un lugar tan terrible como se cuenta, entonces es el lugar donde merece estar.

—¿Quieres decir...? —preguntó Radiel, alzando una ceja.

Ahriel respiró hondo de nuevo.

—Ya os he hablado de Gorlian, la prisión mágica que Marla creó. Allí no hay barrotes, ni celdas, ni muros... pero no se puede escapar de ella. Es un territorio en el que solo hay un lodazal infecto, una cadena de montañas y un desierto yermo... habitado no solo por criminales de todas las calañas, sino también por monstruos sanguinarios generados por la más oscura de las magias. Todo ello, sin embargo... está encerrado en una pequeña bola de cristal.

—¿En una... bola de cristal, has dicho? —inquirió Lekaiel, perpleja.

—Eso he dicho, Consejera. Comprenderéis, pues, que la técnica mágica que llegó a dominar Marla es bastante avanzada, teniendo en cuenta que se supone que la magia negra lleva siglos extinta. Sin embargo, ella fue capaz de crear ese... ese lugar inhumano, con ayuda de una secta cuyo origen no llegué a desentrañar del todo. Actualmente, esa esfera de cristal que contiene Gorlian, y a todos los seres humanos que habitan en ella, se encuentra en paradero desconocido. Marla se llevó consigo al infierno el secreto de su ubicación. Podría estar todavía en su poder. Podría estar en manos de esa secta de magos negros. Si se tratara de una prisión en la que solo hay criminales, tal vez no llegaría a estos extremos... pero me consta que hay gente inocente encerrada allí dentro. La propia reina de Saria fue una de sus víctimas y podrá confirmar mis palabras. Si Gorlian está en malas manos, nada nos asegura que no vayan a seguir introduciendo prisioneros allí dentro de forma indiscriminada. La mayor parte de la gente encerrada en Gorlian encuentra una muerte horrible y brutal los primeros días. Los que sobreviven... terminan convirtiéndose en seres bestiales y despiadados. Y lo peor es que, dado que no existe ninguna posibilidad de escapar de allí, sus descendientes también están condenados a una vida de miseria en esa inhumana prisión...

—Pero tú escapaste —objetó Radiel.

—Sí —repuso Ahriel—. Es una larga historia.

—Sin embargo, si tú lograste escapar, otros podrán hacerlo.

—No, Consejero, no podrán. A menos que tengan alas.

—Comprendo —murmuró Radiel, tras un breve silencio.

No era toda la verdad, pero, por el momento, bastaría. En realidad, para escapar de Gorlian había que conocer el lugar exacto donde se ubicaba la única entrada y salida, oculta en una caverna en el pico más escarpado de la Cordillera. Aun así, a Ahriel le habían inmovilizado las alas al arrojarla a la prisión, y solo había logrado huir de ella porque a Marla se le había antojado, meses después —años, según el tiempo distorsionado de Gorlian—, que la necesitaba en el mundo exterior para invocar al Devastador. Por ello había enviado a uno de sus agentes infiltrado en un gru-

po, encabezado por la princesa Kiara, ahora soberana de Saria, que tenía como objetivo rescatarla. Sin las indicaciones del traidor —Ahriel se negaba incluso a evocar su nombre, tal era la rabia que le producía su simple recuerdo—, jamás habrían dado con la salida. «Y no llegué a sospechar nada en ningún momento —se dijo, abatida—. «Estaba tan cegada por la sed de venganza que no me di cuenta de cuáles eran sus intenciones hasta que fue demasiado tarde.» Pero aquello era demasiado doloroso y personal como para que quisiera compartirlo con el Consejo. Naturalmente, y aunque ningún humano podría apreciarlo a simple vista, la ligera desviación anormal que presentaban sus alas podía indicar a cualquier ángel que había sufrido una lesión en ellas, una lesión que podría haber afectado a su capacidad de vuelo. Pero nadie le preguntaría al respecto. La idea de que un ángel pudiese quedar encadenado a tierra resultaba tan terrible que evitaban pensarlo siquiera.

No poder volar... era un castigo tan espantoso para un ángel, tan atroz e inimaginable, que no valía la pena atormentarlos relatándoles su experiencia. Por un breve instante disfrutó con la visión de Lekaiel y Radiel transformando su expresión marmórea en un gesto de horror, y jugueteó con la idea de turbarlos relatándoles sus vivencias en Gorlian con todo lujo de detalles. Pero sabía que no iba a hacerlo; como Reina de la Ciénaga, había sido dura y despiadada, pero todavía no era tan cruel. Se preguntó, sin embargo, qué cara pondría Ubanaziel si se decidiera a contarle. Y se sorprendió cuando, al mirar al Consejero, descubrió en sus ojos una mirada tan penetrante como si le hubiese leído el pensamiento... una mirada muy parecida a la que lo había visto dirigirle en su imaginación. Incómoda, se preguntó si solo él, de entre todos los ángeles, había adivinado que, durante años, la habían privado de la capacidad de volar.

Un ave con las alas rotas. Un espanto. Una criatura desgraciada y miserable. Más que una humana, pero menos que un ángel.

Sí; esa era otra de las cosas por las que Marla tendría que rendirle cuentas cuando se reencontrasen, aunque fuera en el corazón del infierno.

—He buscado esa bola de cristal en todos los lugares imaginables —prosiguió—, para liberar a los inocentes que permanecen encerrados en ella y destruir esa prisión para siempre. —No tuvo que imprimir convicción en sus palabras; sus propios sentimientos al respecto se derramaban sobre ellas, como un turbulento río de ira—. Pero no me queda más remedio que admitir que, sin las indicaciones de Marla, es como buscar una pluma en un vendaval. Necesito interrogarla al respecto. Necesito arrancarle la verdad.

—Y por eso quieres ir al infierno a buscarla —murmuró Le-kaiel.

Ahriel asintió.

—Me siento responsable por toda esa gente. Estuve muy cerca de ellos y no pude ayudarlos. Y luego los dejé atrás al escapar. Mi misión en Karish no se habrá completado hasta que no soluciono el problema de Gorlian.

—Tu misión en Karish consistía en asegurarte de que Marla se convirtiera en una gobernante recta y justa —replicó Didanel, la más joven de los Consejeros, con ojos centelleantes.

—Lo sé; y por eso debo ser yo quien solucione los problemas del reino que estaba a mi cargo. Además, no se trata solo de Gorlian. —Ahriel tomó aliento; si el argumento que iba a proponerles a continuación no los convencía, nada más podría hacerlo—. He buscado también señales de la secta que corrompió a Marla, pero ocultan bien sus huellas y no he sido capaz de localizarlos. Me propongo interrogarla también al respecto. Creo que es importante que demos con ellos y arranquemos el problema de raíz, antes de que se hagan más poderosos y extiendan su negra mano por otros reinos.

Los rostros de los Consejeros no variaron un ápice, pero Ahriel detectó un brillo de alarma en sus ojos, y supo que estaba ganando la partida.

—Y, si tan importante es, ¿por qué razón deberías ser tú quien se ocupara de ello? —interrogó Radiel.

—Porque ya he tratado con ellos y he visto su obra. Los co-

nozco. Y porque todo esto ha sucedido en Karish y es, por tanto, mi responsabilidad.

—Se le debe dar una oportunidad para enmendar su error —asintió Lekaiel.

—¿Permitiéndole abrir la puerta del infierno? —dijo Adenael.

—Si no existe otro modo...

—Existen muchos otros modos, Lekaiel. Por muy bien que se hayan escondido esos humanos, tienen que haber dejado huellas en alguna parte. Si dedicáramos más tiempo a investigar...

—¡Pero es que no tenemos más tiempo! —exclamó Ahriel, y los Consejeros se volvieron hacia ella, sorprendidos y molestos por su osadía—. No lo tenemos —repitió ella, en voz más baja—. Los días en Gorlian no transcurren a la misma velocidad que en el exterior. En este rato que hemos estado hablando, sus prisioneros han sufrido su encierro durante días, puede que semanas. Si nos demoramos más, transcurrirán años, o incluso décadas, antes de que los rescatemos. Muchos inocentes sufrirán y morirán antes de que eso suceda.

—Pareces muy preocupada por la suerte de esos criminales —observó Lekaiel.

—No todos son criminales —murmuró Ahriel—. Pero, incluso aunque lo fueran, los niños engendrados y nacidos en Gorlian no merecen ese destino. No tienen por qué pagar por los errores de sus padres.

—Si los criminales contuvieran su lujuria, no nacerían criaturas en ese lugar —gruñó Radiel.

—Estamos hablando de humanos —señaló Ahriel—. Es demasiado pedir que sepan contener su lujuria.

Naturalmente, no añadió que las cosas eran mucho más complejas, y que no se trataba de una simple cuestión de lujuria. Ella lo sabía muy bien. Sin embargo, también conocía de sobra el concepto que los ángeles tenían de los humanos, y que aceptarían como válido aquel argumento.

Los Consejeros comentaron el caso en voz baja hasta que Lekaiel los hizo callar con un gesto.

—¿Has terminado ya de exponer todos los aspectos de su petición, Ahriel? —preguntó.

—Solo me queda insistir en una cosa —dijo ella—. Recordad, por favor, que lo que esa secta ha logrado requiere el dominio de magia negra muy avanzada. Que, igual que han seducido a una reina protegida por los ángeles, podrían embaucar a muchos humanos más. No sabemos hasta dónde ha llegado su influencia, pero es necesario... es imprescindible —recalcó— detenerlos antes de que sea demasiado tarde. Está en juego el equilibrio del mundo. Recordadlo, Consejeros, antes de tomar vuestra decisión.

Ahriel calló, dejando que sus palabras calaran en ellos. Como no añadió nada más, Lekaiel dijo:

—Bien; Ahriel solicita abrir la puerta del infierno para encontrar e interrogar a la reina Marla acerca de la suerte de esa prisión tan terrible de la que nos ha hablado y, al mismo tiempo, averiguar más cosas sobre esa secta que pretende resucitar la magia negra. Debemos valorar si todos los riesgos potenciales de esa incursión superan los beneficios que pueden derivarse de la misma o si, por el contrario, la suerte de los humanos de Gorlian y la información acerca de la secta no son asuntos que merezcan llevar a cabo una acción tan peligrosa. Y ahora, Consejeros, pronunciémonos sobre el particular.

Ahriel esperó mientras ellos cerraban los ojos y meditaban al respecto. Unos instantes después, Lekaiel volvió a hablar.

—¿Y bien? ¿Estáis a favor de concederle a Ahriel su petición?

La propia Lekaiel no podía participar en las votaciones, salvo cuando alguno de los miembros del Consejo no estaba presente. De este modo, había tan solo siete votos útiles, por lo que no era posible que se diera un empate. Ahriel aguardó. Entonces, una mano se alzó, y después otra, y otra más.

Tres votos a favor.

Ahriel respiró hondo.

—Bien... —empezó Lekaiel, pero se interrumpió cuando un cuarto brazo se alzó, con energía, apoyando la petición. La Presi-

denta se quedó mirando a su dueño, perpleja—. ¿Ubanaziel? —pudo articular.

El Guerrero de Ébano se puso lentamente en pie. Su presencia era tan imponente que los presentes no tuvieron más remedio que prestarle toda su atención.

—Apruebo la demanda de Ahriel —dijo—, pero al mismo tiempo solicito del Consejo que se me permita acompañarla al infierno.

Hubo un murmullo sorprendido, y a la propia Ahriel le dio un vuelco el corazón. Miró a Ubanaziel, desconcertada. ¿Qué se proponía? ¿Por qué se había opuesto a ella con tanta firmeza, y ahora no solo la apoyaba, sino que se ofrecía a acompañarla?

—Consejero... —empezó Lekaiel, todavía confundida.

—Si Ahriel no acepta mi compañía —prosiguió Ubanaziel—, entonces mi voto será negativo.

Dado que su voto sería decisivo para obtener la aprobación del Consejo, Ahriel comprendió que no tenía elección. Lekaiel lo entendió de igual manera.

—Consejero, me parece entender que exiges algo a Ahriel a cambio de tu voto favorable —comentó con voz helada.

—Lo hago por simple precaución, Lekaiel —respondió él—. No puedo votar a favor de que vaya sola al infierno, porque no está preparada para ello, aunque ella opine lo contrario. Si ha de ir, yo la acompañaré. De lo contrario, los riesgos de abrir la puerta del infierno resultarían incalculables, y por tanto no sería sensato apoyarla en su presunción.

Ahriel se esforzó por no descomponer la expresión neutra de su rostro, aunque su corazón latía con tanta fuerza que sentía que se le iba a salir del pecho.

Lekaiel inclinó la cabeza.

—Visto así...

—No creo que sea buena idea abrir la puerta del infierno, ni con Ubanaziel, ni sin él —declaró Radiel.

—Consejero, ya has expresado tu opinión con respecto a este tema en la votación —cortó Lekaiel con sequedad—. Si os pare-

ce bien, podemos volver a votar la demanda de Ahriel, incluyendo la matización de Ubanaziel. ¿Cuántos de vosotros estáis de acuerdo en que ella acuda a interrogar a Marla al infierno, acompañada del Consejero Ubanaziel?

El resultado fue el mismo de antes, pero en esta ocasión las manos a favor se alzaron con mayor decisión, y el propio Ubanaziel dio su voto a favor desde el principio.

—Ahriel —dijo entonces Lekaiel—, el Consejo Angélico aprueba tu demanda, con la condición de que Ubanaziel te acompañe en tu viaje. Irás al infierno para encontrar a Marla e interrogarla sobre el particular, y te asegurarás de que la puerta quede bien cerrada y no haya otras consecuencias.

Ahriel calibró rápidamente sus opciones. Viajar al infierno con Ubanaziel era, desde luego, una ventaja. El veterano Consejero tenía razón en que ella, pese a haber derrotado al Devastador, desconocía lo que podía agazaparse en el corazón del mundo de los demonios. Su expedición tendría muchas más probabilidades de éxito si él la acompañaba.

Pero, por otra parte, no podía quitarse de encima la sensación de que el Consejo le estaba imponiendo un perro guardián. En los últimos tiempos se había acostumbrado a hacer las cosas a su manera, y no le hacía gracia la idea de tener a Ubanaziel pegado a sus talones. Además, temía que él descubriera hasta qué punto era diferente de los demás ángeles. Porque no les había contado toda la verdad y, si viajaban juntos, era inevitable que saliera a la luz.

Sin embargo, si ahora rechazaba la compañía de Ubanaziel, el Consejo podía pensar que tenía algo que ocultar, que les había mentido o que sus razones no eran tan nobles como había tratado de aparentar.

No tenía otra salida. Inclino la cabeza en señal de asentimiento.

—Será para mí un honor contar con la compañía del Consejero Ubanaziel —murmuró.

—En tal caso, no hay más que hablar —declaró Lekaiel—. Retírate, y que la Luz y el Equilibrio te guíen en tu camino.

Ahriel detectó que la bendición de la Consejera era más fervorosa de lo que era habitual en una simple fórmula de despedida. Sospechó que ella había entrevisto la oscuridad que se agazapaba en su alma y que había traído consigo de Gorlian, y la idea de que Ubanaziel iría con ella para vigilarla cobró todavía más fuerza. Sin embargo, asintió de nuevo y respondió:

—Gracias, Lekaiel. Gracias, Consejeros. Que la Luz y el Equilibrio continúen brillando sobre vosotros.

Después, dio media vuelta y salió de la sala, sintiendo en su nuca la penetrante mirada del Guerrero de Ébano.

Una vez fuera, buscó el abrigo de una glorieta que se abría sobre un impresionante acantilado y se asomó a la balaustrada para pensar. Sabía que los Consejeros aún hablarían del asunto durante un rato más, y que tendría que esperar a que la mandaran llamar para hablar de los detalles de su expedición.

No estaba segura de que su entrevista con el Consejo se hubiera desarrollado satisfactoriamente. Para ser sincera, ni siquiera tenía una idea clara de lo que quería o esperaba cuando se presentó en Aleian para pedirles audiencia. Quizá la aprobación de sus semejantes, o tal vez su rechazo, algo que la reafirmara en su determinación de hacer lo que consideraba correcto, pesase a quien pesase. Pero sí tenía claro que en ningún momento había imaginado que el mismísimo Ubanaziel se ofrecería voluntario para acompañarla. Tenía que reconocer, de todos modos, que eso no tenía nada de sorprendente. El Consejero era impredecible, todos los sabían.

Su mirada vagó por el océano de nubes que se extendía a sus pies, mientras trataba de dilucidar si la compañía impuesta de Ubanaziel sería una ventaja o un inconveniente. «Terminará descubriéndolo todo —pensó—. Pero, con un poco de suerte, tal vez no le importe. Quizá...»

—Ahriel —dijo tras ella una voz grave, sobresaltándola. Se volvió, justo para encontrar frente a ella el rostro, serio e impenetrable, del Guerrero de Ébano—. Sospechaba que te encontraría aquí. Es un lugar bastante apartado y solitario.

«¿Por qué presupone que me gusta estar sola?», se preguntó ella, algo molesta. «¿Acaso porque soy diferente? ¿Cree que rehúyo a los otros ángeles como si estuviese apestada?»

—Pensaba que las deliberaciones se alargarían bastante más —respondió, sin embargo.

—No había mucho más de que hablar—replicó él, encogiéndose de hombros—. Al menos, no con ellos. Pero debía decirte algo antes de emprender el viaje. Y debía decírtelo a solas.

Ahriel se las arregló para componer una cierta expresión hermélica, pero su corazón se aceleró un poco, alerta.

—Debes saber —prosiguió Ubanaziel— que, si he accedido a acompañarte, es porque sé que ibas a abrir la puerta del infierno de todos modos, con nuestro consentimiento o sin él.

La sorpresa que se pintó en el rostro de Ahriel fue absolutamente genuina.

—Yo no...

—Por favor —la interrumpió él, moviendo la mano con cierto gesto ofendido—. Quizá hayas aprendido a mentir con cierta facilidad, pero no voy a ser yo quien te fuerce a hacerlo, así que te recomiendo que no lo intentes, no conmigo. Probablemente pienses que el hecho de pedir autorización al Consejo basta para que creamos que tienes en cuenta nuestra opinión, pero yo sé que no es así. Quién sabe qué retorcidas razones te han traído hoy hasta aquí, Ahriel; pero tú y yo sabemos que no necesitas nuestro permiso ni nuestra aprobación para hacer lo que estás planeando. Tus palabras decían una cosa, pero tu mirada te traicionaba. Lo que has hecho hoy ha sido advertirnos de tus intenciones, no solicitar nuestro beneplácito. Por eso, porque pienso que nadie va a detenerte, voy a acompañarte. Porque no sabes dónde te metes, niña, y no cambiarías de idea ni aunque el Consejo en pleno rechazase tu petición. Eres obstinada, Ahriel, y eso, aunque ahora no lo creas, puede volverse en tu contra.

Ahriel callaba. No tenía sentido negar que era así.

—Lo segundo que tenía que dejar claro —continuó él—, es que, aunque probablemente creas honradamente en las razones

que has expuesto allí dentro, yo sé que tienes otro motivo para ir al infierno, un motivo que no has querido desvelarnos. Sé que no haces esto por responsabilidad, ni por altruismo. Lo haces por razones personales, razones poderosas que aún desconozco. Cuando hablabas de los prisioneros de Gorlian he leído la angustia en tus ojos; no dudo de que quieres rescatarlos, pero estás sufriendo por alguien en concreto, Ahriel, y es por ese alguien por quien estarías dispuesta a arriesgarlo todo. También sé que Marla no te es indiferente. La odias, y aún deseas vengarte por todo lo que te hizo. Eres obstinada y arrogante, y te consumen la desesperación y la sed de venganza. La gente como tú es presa fácil de los demonios. No durarías ni dos segundos en el infierno.

Ahriel no se molestó en responder. Entornó los ojos y dejó que Ubanaziel leyera en su mirada lo irritada que se sentía, ya que, al parecer, sabía hacerlo tan bien. El Consejero sonrió, y fue una sonrisa torva y torcida, impropia de un ángel.

—No sé qué hay en Gorlian que echas tanto de menos, ni me importa —concluyó—, pero has de saber que no voy a permitir que tus sentimientos nos lleven a todos al desastre. Por eso voy a acompañarte. Porque no tienes ni idea, no sabes a qué te estás enfrentando ni lo que implica abrir la puerta del infierno y tratar con demonios. Porque no quiero despertarme una mañana y volver a ver el cielo cubierto de alas negras. ¿Me he explicado bien?

Ahriel le devolvió una media sonrisa, un tanto feroz y bastante inquietante. La clase de sonrisa que habría desconcertado a Lekaiel y habría hecho desconfiar a los demás miembros del Consejo, porque reflejaba mucho de lo que había en el fondo de su alma. La había ocultado ante los demás ángeles, pero había comprendido que no tenía sentido fingir frente a Ubanaziel.

Porque él la estaba obsequiando con una sonrisa semejante.

—Te has explicado con total claridad, Consejero —respondió ella, con placidez.